



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



AÑO DE LA FE

IV Domingo durante el año
3- II- 2013

Textos:

Jer.: 1, 4-5. 17-19.

I Cor.: 13, 4-13.

Lc.: 4, 21-30.

“Les aseguro que ningún profeta es bien recibido en su tierra”.

El pasado domingo Jesús dio testimonio de sí mismo aplicándose las palabras del Profeta Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres...”*. Así el Antiguo Testamento ofrece datos de esta esperanza universal de salvación, pero, sobre todo, resume una gracia nueva de Dios: la esperanza misionera que Dios había revelado al pueblo de Israel y que se cumplió en su Hijo Jesús.

Él mismo es el Evangelio de Dios (Mc. 1, 1; Rom. 1-3), *“ha sido el primero y el más grande evangelizador”* (E. N. 7). Es el enviado del Padre para la salvación de los hombres heridos por el pecado.

Hoy la Sagrada Escritura nos da las características de la misión:

Primera: la misión viene de Dios que le dice a Jeremías: *“...cíñete la cintura, levántate y diles todo lo que Yo te ordene...”*. Es la voz de Dios que ama, llama y envía.

Segunda: la misión es universal, el Señor no es enviado solamente a los judíos y nos enseña que estamos enviados a los más alejados *“a los que no tienen habitual relación con la religión y amistad con la Iglesia, porque ninguno desea considerarse desheredado de la luz y de la paz de Cristo”* (Pablo VI, *Gran Misión de Milán*, 15. X. 1957).

Tercera: la misión siempre tiene riesgos, como le ocurrió a Jesús que fue rechazado por la gente de su pueblo; y así lo expresaba Juan Pablo II al afirmar que la tarea de anunciar a Jesucristo se presenta inmensa y desproporcionada respecto a las fuerzas humanas de la Iglesia (Cfr. *Redemptoris missio*, 53).

En la tarea de anunciar el Evangelio solemos experimentar dificultades que parecen insuperables, si la asumimos como una tarea puramente humana.

Uno de los obstáculos más agresivos para la misión es de tipo cultural que va desde el creciente secularismo hasta el intento de regresar a formas religiosas paganas, confiar en la energía de la piedra o rendir culto a la tierra; mientras que la trasmisión del mensaje evangélico resulta, para esta cultura, insignificante y muchas veces incomprensible para una mentalidad secularizada y paganizada.

Hermanos, al Señor no le faltaron dificultades; sus paisanos se preguntaban: *“¿Quién es éste?”*, *“¿no es el hijo del carpintero?”*; hasta llegar a atentar contra su vida intentando

despeñarlo desde una colina. Tampoco a los discípulos de Cristo le faltan dificultades; **dificultades externas a la Iglesia** como las persecuciones que sufren los cristianos en los países árabes y pagan con sus vidas al confesar su fe en Cristo. En algunos países está prohibida la entrada de misioneros; en otros está prohibido no sólo evangelizar sino también la conversión al cristianismo, lo cual es castigado e incluso el culto cristiano es prohibido (Cfr. Id.). Expresión de esta realidad es que en el 2012 murieron por defender su fe 105.000 cristianos, la falta de libertad religiosa en India, África y China nos hace reconocer que el cristianismo es, en nuestros días, la religión más perseguida en el mundo.

También nos enfrentamos a las **dificultades internas de la Iglesia**, que son ciertamente más dolorosas; entre estas dificultades, Pablo VI señalaba, en primer lugar *“la falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de adentro. Esa falta de fervor se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo en la falta de alegría y de esperanza”* (E. N. 80).

Jesús y nuestra experiencia bimilenaria nos enseñan que *“las dificultades internas y externas no deben hacernos pesimistas o inactivos. Lo que cuenta es la confianza que brota de la fe, o sea de la certeza de que no somos nosotros los protagonistas de la misión sino Jesucristo y su Espíritu. Nosotros somos sólo colaboradores y, cuando hayamos hecho todo lo que hemos podido, debemos decir: ‘Somos simples servidores, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber’ (Lc. 17, 19)”* (R. m. id.).

Hermanos, el Señor nos envía, el envío es universal y la misión pertenece a la naturaleza de la Iglesia y no debemos olvidar que todo miembro de la misma es responsable y agente de esa misión. El Concilio nos enseña que *“la Iglesia es misionera y la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios”* (A. G. 35).

Lo que hace sustentable la misión en la calidad y en el tiempo, ciertamente es la acción del Espíritu Santo en nosotros y es también nuestra docilidad al llamado de Dios, nuestra respuesta y nuestro amor, es el ágape que Pablo nos propone en la segunda lectura, porque *“el amor es paciente, es servicial”* (I Cor. 13, 4). Es el amor que nos lleva a ser y vivir como cristianos y genera una saludable preocupación por anunciar el Evangelio, cuando no lo hacemos, por miedo, por vergüenza o pereza, somos como la sal que pierde el sabor, y es un signo doloroso que hemos perdido ardor y fuerza, hemos perdido nuestra razón de nuestro ser en la historia.

Pidamos al buen Dios que haga crecer en nosotros la conciencia de haber sido llamados y enviados a anunciar a Jesucristo, pidamos que no permita nos achiquemos, que nos dejemos intimidar por las dificultades y que podamos dar testimonio de nuestra fe a otros hermanos, pues la fe se fortalece y crece en nosotros cuando la compartimos.

Amén

G. in D.